



Cuando todo se rompe

ENTRE LAS RUINAS... ÉL ABRE UN CAMINO

Cuando todo se rompe, no todo está perdido. A veces, es ahí donde empieza la verdadera restauración.

Hay momentos en la vida en los que uno siente que algo dejó de funcionar por dentro. No siempre es un desastre visible. A veces es más silencioso: una decisión que se repite, una culpa que vuelve, una distancia que crece, una sensación persistente de estar fuera de lugar. Intentamos explicarlo como estrés, contexto, mala suerte o errores normales. Pero aun cuando arreglamos lo de afuera, algo sigue roto por dentro.

01 Esta lección pone palabras a esa experiencia sin rodeos: **el problema humano no es solo lo que hacemos mal, sino lo que nos pasa por dentro.**



La Biblia llama a eso “pecado”, no como un insulto moral ni como un concepto religioso para controlar personas, sino como un diagnóstico honesto de la condición humana. Algo se desordenó en lo más profundo, y desde ahí se filtra a pensamientos, decisiones y relaciones.

03 La Biblia es clara en algo que resulta incómodo pero liberador: **el pecado no es neutral.**

Siempre separa. Afecta la relación con Dios, con los demás y con uno mismo. Por eso la culpa no se va solo ignorándola, ni el vacío se llena solo con distracciones. El problema es más profundo que la superficie, y necesita una solución igual de profunda.

02

Por eso el pecado no se limita a “portarse mal”.



Muchas personas intentan vivir correctamente y aun así sienten que no alcanzan, que fallan donde más importa, que repiten lo que prometieron no repetir. No es solo falta de información ni de voluntad. Es una inclinación interna que empuja en la dirección equivocada. Y lo más peligroso es que puede normalizarse: aprender a convivir con lo que daña, minimizarlo, justificarlo, llamarlo “así soy”.

Pero aquí aparece la esperanza que atraviesa toda esta lección. El diagnóstico es serio, sí, pero no es el final de la historia.

Reconocer que algo está roto no es para hundirse, sino para abrir la puerta a la sanidad. La Biblia presenta a Jesús no como alguien que solo señala el problema, sino como quien trae el remedio. No vino a maquillar la conducta, sino a restaurar desde dentro. No solo a perdonar errores, sino a ofrecer una vida nueva, libre de la carga constante de la culpa.

Esto cambia la manera de ver la fe. Ya no se trata de esforzarse para “merecer” algo, sino de aceptar ayuda.

Dejar de pelear solos. De confiar en que la gracia de Cristo no solo cubre el pasado, sino que tiene poder para transformar el presente. La lucha no desaparece de un día para otro, pero el resultado cambia: ya no peleas desde la derrota, sino desde la esperanza.

Esta lección no busca que te sientas peor contigo mismo, sino más honesto. Porque solo quien reconoce que algo está roto puede aceptar ser restaurado. Y la buena noticia es esta: lo que el pecado dañó, Cristo puede reconstruir. No con promesas vacías, sino con una gracia real que sigue actuando hoy.